

**SEXTO DOMINGO DESPUES**

**DE LA EPIFANÍA.**

Quien vaya á leer el evangelio del presente domingo en el capítulo XIII de san Mateo, de donde está tomado, verá que es una continuacion del discurso que el Salvador predicó en la orilla del lago de Genesaret. Él contiene dos otras parábolas que el Hijo de Dios propuso á su auditorio ; la una del grano de mostaza que, siendo la mas pequeña de las semillas, sembrado en la tierra, echa raíces, crece, y llega á la altura de un árbol muy grande ; la otra de la levadura que, mezclada con la harina, fermenta, desenvuelve su fuerza, y comunica su virtud á toda la pasta.

Como, segun los santos Padres y expositores de la Escritura, por el grano de mostaza y la levadura viene significada la Iglesia, ó la religion cristiana, el asunto que mas naturalmente se ofrece por tratar hoy es el del establecimiento de esta misma Religion, la cual es el reino de Dios sobre la tierra, y la única en que se hallan los medios convenientes para llegar al reino de Dios en el cielo. Si se quiere tratar este asunto, que es muy útil tratarlo de tiempo en tiempo, ya para convencer á los fieles de la verdad de la religion que profesan, ya para animarlos á observar fielmente sus máximas y doctrinas, podrá hacerse del modo siguiente: Dicha la parábola del grano de mostaza en los mismos términos que la refiere el evangelio, se preguntará : «¿Cuál es este reino de los cielos que el Salvador dijo ser semejante al grano de mostaza? No otra cosa que la religion cris-

tiana. El Salvador comparó esta Religion con el grano de mostaza, porque realmente es semejante á él, ya se la mire en su origen, ya se la considere en su acrecentamiento y propagacion. En efecto : así como la mostaza es una de las semillas mas pequeñas cuando se la echa en la tierra, así de todas las religiones la mas débil, la mas pequeña y oscura en su principio ha sido la cristiana ; mas así como el grano de mostaza, sembrado en la tierra, echa hondas raíces, crece, se fortalece, y llega á ser un árbol tan grande, que las aves van á formar el nido en sus ramas ; del mismo modo nuestra Religion, tan pequeña en un principio que estaba circunscrita á la sola Judea, habiendo sido predicada por los Apóstoles, se ha extendido por todo el mundo, de tal modo que los filósofos, los reyes y los emperadores han tenido por gloria el abrazarla y seguir su doctrina. Ya que Dios por un rasgo de su infinita misericordia se ha dignado hacernos miembros de esta divina Religion, es deber nuestro corresponder á este beneficio de tres modos : 1.º convenciéndonos cada dia mas y mas de su divinidad : 2.º observando con nuevo fervor sus leyes y doctrinas : 3.º procurando con gran celo su esplendor y su gloria. » —Estas tres ideas se amplificarán del modo siguiente : Para la primera se aducirán dos ó tres de las muchas razones con que los teólogos demuestran la verdad de nuestra Religion, siendo preferibles, á nuestro juicio, las que se toman del modo rápido y verdaderamente asombroso con que por la predicacion de doce hombres ignorantes se propagó por todo el mundo ; de la firmeza con que ha resistido por espacio de diez y ocho siglos al choque de los herejes, sofistas y tiranos que no han cesado de combatirla ; y de la realizacion clara y patente de cuanto los Profetas dijeron acerca de ella. Para amplificar la segunda idea se expondrán los tres principales deberes que la Religion impone á sus profesores, cuales son, creer sincera y cordialmente lo

que ella enseña, hacer profesion pública y exterior de esta fe, y conservar unas costumbres conformes á la creencia que se tiene : en cualquier autor de moral se hallarán detalladas estas obligaciones. Para la tercera idea se glosarán aquellas palabras de Jesucristo : Sic luceat lux vestra coram hominibus, etc.

Si en vez de este sermón dogmático, se prefiere predicar un asunto moral, puede hacerse uso del siguiente :

**La salvacion puede depender de poca cosa.**

Simile est regnum cœlorum grano sinapis. (*Matth.* XIII, 31).

El evangelio de hoy contiene una parábola que, tomada en el sentido místico, debe inspirarnos dos afectos muy contrarios, cuales son una animosa confianza y un gran temor. Jesucristo nos asegura que el reino del cielo es semejante al grano de mostaza : *Simile est regnum cœlorum grano sinapis.* ¿Qué quiere decirnos con esto? Que así como de una cosa tan pequeña como es el grano de mostaza, se forma uno de los árboles mas grandes que se conocen en la naturaleza, así de poca cosa depende muchas veces el suceso principal del orden de la gracia, cual es el salvarse ó el condenarse. La lectura casual de un buen libro, una limosna hecha por amor de Dios, un pequeño acto de virtud practicado á tiempo puede ser, y muchísimas veces es, el feliz principio de la salvacion de un hombre ; así como el negar una pequeña limosna, el dejar de practicar un cierto acto de virtud, el resistir á una inspiracion interior puede ser, y no pocas veces es, el origen fatal de su eterna reprobacion. Cuando considero de cuán poca cosa depende la salvacion, se levanta en mí un pensamiento atrevido que me dice : «Poco, pues, se requiere para salvarte.» Mas ¡ay! cuando reflexiono de cuán poca cosa depen-

de la condenacion, me asalta un triste pensamiento que me dice : «Poco, pues, basta para condenarte.»

Nosotros, cristianos, no solemos hacer gran caso de ciertas menudencias, porque las creemos indiferentes para nuestra eterna salud ; y sin embargo de estas menudencias puede depender el que nos salvemos ó nos condenemos. Ó padre, me diréis, ¿cómo es posible esto? ¿de una menudencia quiere que dependa la salud de un hombre?... Usted trata hoy de espantarnos.—No trato de espantaros, carísimos, sino de instruirlos en uno de los puntos mas delicados de nuestra Religion. Que de poca cosa pueda resultar el que subamos al cielo ó nos hundamos en el abismo, es una verdad tan cierta, que la enseñan la historia, la teología y la misma razon natural. Oigamos lo que ellas nos dicen, y no nos quedará duda alguna sobre el particular.

El hombre, dice el Eclesiástico, tiene delante de sí dos caminos, uno de los cuales necesariamente ha de tomar, el del bien y el del mal, el de la vida y el de la muerte, el del cielo y el del infierno : *Ante hominem vita et mors*<sup>1</sup>. Y el que tomemos el uno mas bien que el otro ¿de qué depende, cristianos? Frecuentemente de una cosa bien pequeña. El oír ó no oír un sermón, el leer ó no leer un libro piadoso, el hablar ó no hablar con cierta persona, el entrar ó no entrar en tal casa, etc., puede ser, y muchísimas veces es, la causa y el motivo de que nos encaminemos hácia el cielo, ó nos echemos por los derrumbaderos del infierno. ¿Queréis pruebas de esto? La historia os las dará en abundancia.

Cerca la hora sexta de un cierto dia sale de la ciudad de

<sup>1</sup> Eccli. xv, 18.

Samaria una mujer pecadora á buscar agua en el pozo de Jacob, y allá encuentra casualmente al Salvador del mundo que, fatigado y sediento, está sentado sobre el borde. El Salvador le pide un poco de agua para apagar la sed, y de la respuesta que ella le hace toma ocasion para entablar una conversacion espiritual y muy saludable para su alma. La mujer, no obstante que lleva prisa para volver á su casa, por cortesía y atencion escucha urbanamente lo que el Salvador le dice, y de aquí resulta ¿qué?... que abre los ojos á la verdadera fe, conoce el infeliz estado de su alma, llora sus culpas, abraza una vida penitente, y se hace una gran santa. Decidme, cristianos : ¿de qué dependió la salvacion de esta mujer? De una cosa bien pequeña, de haberse detenido á escuchar á Jesucristo. Suponed que, dejándose llevar del deseo de volver cuanto antes á su casa, le hubiese respondido : No estoy para escucharos, ahora tengo otras cosas que hacer, conviene que cuanto antes vuelva á mi casa, y despues de todo, ya veis que es tarde : *Hora erat quasi sexta*<sup>1</sup>. ¿Qué hubiera resultado? Que probablemente no se le hubiera ofrecido jamás otra coyuntura tan buena para entrar en sí y arrepentirse ; y de consiguiente, que hubiera continuado en su mal vivir, y al último hubiera muerto condenada.

De cosas igualmente pequeñas nos dice la historia haber dependido la salvacion de muchos que veneramos en los altares. De que algunos se hiciesen santos ¿cuál fue la causa? Cosas que cualquiera diria que eran menudencias y frivolidades. En unos fue la vista casual de un cadáver, como en san Francisco de Borja : en otros el haber perdonado á un enemigo, como en san Juan Gualberto : en otros el haber socorrido á un pobre, como en san Francisco de Asis : en otros el haber

<sup>1</sup> Joan. iv, 6.

oído un sermon, como en san Nicolás de Tolentino : en otros el haber leído por entretenimiento un libro devoto, como en san Ignacio de Loyola : en otros en fin el haber entrado por curiosidad en una iglesia, como en san Antonio Abad.

Mas para que no creais que la historia solo ofrece ejemplos de hombres que han debido su salvacion á una accion muy pequeña, quiero aduciros el de uno que por una pequeña cosa comenzó á entrar en el camino de su eterna reprobacion. En cierto dia llama Samuel al rey Saul aparte, y le dice : Es muy justo que en el principio de tu reinado ofrezcas un sacrificio á Dios, á fin de que él bendiga tu gobierno y tus Estados. Pasa, pues, á Gálgala, y llegado allá, aguardame siete dias, al cabo de los cuales yo compareceré para hacer el sacrificio : *Septem diebus expectabis, donec veniam ad te*<sup>1</sup>. Va Saul á Gálgala, prepara las víctimas para el sacrificio, y aguarda á Samuel ; pero ya ha pasado la mayor parte del dia séptimo, y el buen Samuel no comparece. ¿Qué ha de hacer Saul en este lance? Se ve rodeado de un poderoso ejército enemigo que le provoca á la batalla, sus tropas están ya dispuestas en orden de combatir, y las víctimas colocadas sobre el altar á punto de ser sacrificadas. Mira Saul por todas partes por si ve venir á Samuel, espera algunos momentos mas, retarda el sacrificio lo mas que puede ; mas viendo que el tiempo urge y Samuel no parece, se resuelve á ofrecer por sí mismo el sacrificio. Apenas ha inmolado las víctimas, hé aquí que llega Samuel ; y al ver el sacrificio ya concluido, se dirige á Saul, y le dice : ¡Ay! desgraciado... ¿qué has hecho? *Quid fecisti?*—¿Y qué habia yo de hacer? responde Saul : te he aguardado lo mas que he podido ; mas viendo por una parte que el enemigo me amenaza, y creyendo por otra que tú

<sup>1</sup> I Reg. x, 8.

por algun incidente imprevisto no podrias venir, me he resuelto á hacer el sacrificio, compelido de la necesidad : *Necessitate compulsus, obtuli holocaustum*<sup>1</sup>. ¿Sí he? replica Samuel : sepas que pagarás cara la accion que has hecho. Si me hubieses esperado, Dios hubiera perpetuado en tu familia el cetro de Israel ; mas ahora no tendrás sucesor de tu linaje : *Si non fecisses, præparasset Dominus regnum tuum in sempiternum ; sed nequaquam ultrà consurget*<sup>2</sup>.

¿Lo veis, cristianos? Por una pequeña accion, que muchos autores creen no llegó á culpa grave, vino Saul á perder el reino, y no solo el reino terreno, sino, lo que es mucho peor, el reino celestial. No que se condenase precisamente por aquella accion, sino porque aquella accion abrió la puerta á una série de crímenes y atentados que le condujeron al infierno. Para comprender cómo se verificó esto en Saul, y cómo puede verificarse en nosotros, oigamos á la teología.

Dios, dicen los teólogos, que con una providencia tan misteriosa como admirable ordena los medios al fin, suele determinar la salvacion del hombre á tal ó tal obra muy pequeña y ordinaria, atisbando, como si dijéramos, si la hace ó no. Si el hombre la ejecuta, Dios, satisfecho de su fidelidad, le comunica una gracia tan sobreabundante, que con su auxilio cumple todas las demás condiciones necesarias para salvarse, é infaliblemente llega al cielo ; pero si deja de practicarla, Dios en castigo de su infidelidad le priva de aquellas gracias copiosas que no tiene obligacion de darle, deja que siga sus propios consejos, y que venga á perecer miserablemente. Y esto es precisamente lo que quieren decirnos los Santos cuando nos advierten que de un momento depende la eternidad. Vosotros pensais que el momento del cual depende la

<sup>1</sup> I Reg. XIII, 12. — <sup>2</sup> Ibid. 13.

salvacion, es solamente el momento de la muerte ; pero ¡cuánto os equivocais! Este momento para algunos pasa en la niñez, para otros en la mocedad, para otros en la juventud, y para otros en la vejez : y este momento es aquel precisamente en que Dios, digámoslo así, nos espera como á paso para probar nuestra fidelidad, proponiéndonos é inspirándonos el hacer ¿qué? una cosa á veces muy pequeña en la apariencia, pero muy grande en la realidad ; porque de hacerla ó no hacerla depende el que subamos al cielo ó caigamos en el infierno. A uno, por ejemplo, le propone leer un libro devoto que sin saber cómo le ha venido á las manos, á otro que haga una pequeña mortificacion, á otro que venza una pasioncilla, á otro que dé una limosna, y otras cosas semejantes. Estas son menudencias, piensan algunos, y tanto es hacerlas como no hacerlas. ¿Sí?... entre tanto Dios está observando si se hacen ó no se hacen, y mientras observa parece va diciendo : Si este hombre hace lo que en este momento le inspiro, yo, viéndole fiel en este poco, le daré una gracia mayor, despues de esta le daré otra, y así de gracia en gracia le conduciré al cielo ; pero si deja de hacerlo, suspenderé ciertas gracias que le tenia prevenidas, dejaré que caiga en pecado, y que de culpa en culpa vaya á dar consigo en el infierno.

Estas verdades, cristianos, las verémos claramente en el otro mundo, cuando Dios nos descubrirá el camino por el cual él se habrá dignado salvarnos, ó nosotros habrémos querido perdernos. Entonces un justo, cual viajero que ha andado toda la noche sobre un gran precipicio sin notarlo, ¡buen Dios, exclamará, de qué ha dependido mi eterna salvacion! ¡qué poco faltó para que, en vez de tomar el camino del cielo, tomase el del infierno! Aquella obra buena que hice, y que por poco no dejé de hacer, fue la que me salvó. ¡Ay, si no la hubiese hecho!... Al contrario un pecador, viendo de qué

provino el errar el camino del cielo : ¡Ah! dirá, ¡ah! si yo en tal dia hubiese practicado aquella pequeña obra que Dios me inspiraba... si hubiese oido aquel sermon... si no hubiese asistido á aquel baile... ¡Por cuán poca cosa me veo en el infierno!

Pero padre, me diréis, parece imposible que de esas menudencias pueda resultar un efecto tan grande como es la salvacion ó la condenacion de un hombre.—A ese vuestro reparo ocurre, no ya la historia ó la teología, sino la misma razon natural. ¿Veis todas esas selvas, que con sus maderas suministran tantas lanzas á los ejércitos, tantas naves al mar, tantas vigas á las casas, tantos materiales á las máquinas, tanto pábulo al fuego? ¿De dónde pensais que tomaron el origen? De unas pequeñas semillas que se confundian con el polvo. ¿Veis esos grandes rios que inundan campos, forman lagos, y sostienen el peso de grandes y poderosas escuadras? ¿Cuál pensais es su principio? Es una fuentecilla que mana agua gota á gota. ¿Veis ese rayo que, desprendiéndose de las nubes, llena de fuego el espacio, retumba horrorosamente en los valles, hace estremecer los mas grandes edificios, troncha árboles, derriba torres, y reduce á cenizas las grandes selvas? ¿Cuál pensais fue la madre que lo engendró? Fue un tenue vaporcillo casi imperceptible á la vista. Pues si en el orden natural de causas las mas ínfimas resultan efectos tan grandes como estos, ¿dudarémos que en el sobrenatural de una accion liviana pueda depender la salvacion de un hombre, sabiendo sobre todo que Dios procede en el orden de la gracia por el mismo estilo que observa en el de la naturaleza?

Pero si esto fuese así, replicaréis, se seguiria que habríamos de vivir en un continuo temor, porque no sabiendo determinadamente cuál es en el curso de nuestra vida aquella pequeña accion de la que depende nuestra suerte ó desgracia,

resulta que habrémos de temer en todas, que habrémos de hacer caso de cualquiera menudencia, que no podrémos despreciar ninguna inspiracion ; porque si cabalmente despreciásemos aquella que es la decisiva, ¡ay de nosotros! ¿Y qué quereis responda yo á ese poderoso argumento? Respondo que teneis razon, que es verdad cuanto habeis dicho, que habeis hablado tan bien como el mas consumado teólogo.—Pero la mayor parte de los cristianos no lo practican.—*Concedo*, y por esto la mayor parte de los cristianos se pierde.—Pero son poquísimos los que lo hacen.—*Concedo*, y por esto son poquísimos los que se salvan.—Luego habrémos de desesperarnos.—*Nego* : lo que debeis hacer no es desesperaros, sino seguir aquel documento del Espíritu Santo que dice : *Qui timet Deum, nihil negligit*<sup>1</sup> ; quien teme al Señor nada desprecia por pequeño, procede con cuidado en todo, evita cuanto puede las faltas ligeras, es dócil á las divinas inspiraciones, practica todo el bien que puede. Esta es la consecuencia práctica que debeis deducir de cuanto os llevo dicho : y si lo haceis, debeis tener gran confianza de que Dios no permitirá erreis en aquella cosa pequeña de que tal vez depende vuestra salvacion ; antes por el contrario dispondrá que la ejerciteis con fidelidad, entrando así en el camino seguro del cielo. Amen.

<sup>1</sup> Eccles. vii, 19.